

Del final de la calle a la ciudad de M:

Conversación con Oscar Malca

Melvin Ledgard

Rock, drogas, partidos de fútbol, películas de acción, bares, historietas, billares. Esas eran las cosas que fascinaban a las colleras de los ochenta en el distrito de Magdalena del Mar, al norte de la avenida Brasil, que Oscar Malca muestra en **Al final de la calle**, un libro publicado en 1993 y que este año está saliendo en su quinta edición, aparte de que se ha usado como base para una película titulada **Ciudad de M**.

Al final de la calle es un libro dividido por secciones que presentan escenas cargadas de una cierta atmósfera, escenas que no llegan a ser cuentos agrupados en un libro, un libro que tampoco llega a ser estrictamente una novela.

Magdalena no es el escenario exclusivo de **Al final de la calle**: las primeras páginas colocan al protagonista en La Colmena, en el centro de Lima, a la altura del cine Le París, célebre por sus películas porno donde M (una nueva consonante para un nuevo tipo de señor K) es testigo de un robo; algunas secciones más tarde, una viñeta describe una visita para un análisis de sangre en el hospital Almenara, donde su madre trabaja en una dependencia administrativa de mediano nivel; unas páginas más allá hay una incursión a Monterrico, donde se ha mudado la familia de su amigo Pacho, y a una discoteca en una Lima más acaudalada; más adelante se describe la opaca vida de un empleado que se ocupa de los avisos clasificados del periódico más viejo de la capital; otra viñeta presenta a M aprovechando una compra en Polvos Azules para robar una prenda extra; en otras secciones M y una amiga son víctimas de un asalto por pirañitas o él y su collera vandalizan el depósito abandonado de una escuela estatal y un teléfono público; otras viñetas más y el lector está metido en diferentes rutas de micros y por allí alguien le propone amedrentar a unos invasores de terrenos; no tarda en llegarse a una sección ambientada en la barra brava del Estadio Nacional, donde se juega el clásico Alianza-U y hay un joven que vocifera consignas senderistas mientras vende periódicos en medio del barullo; otra sección presenta una violación entre varios en un carro que se aleja del cruce de la avenida Brasil con la del Ejército; en la

siguiente viñeta el protagonista acompaña a su amigo Rubén, que hace taxi, a comprarle un faro a su viejo Peugeot a una tienda de repuestos robados en El Porvenir; finalmente, en un cuarto lleno de **posters** de películas de acción norteamericanas, su amigo Coyote propone hacer un pase a Miami, no se decide nada pero todos se sienten hartos de la vida que llevan.

Malca captura momentos en las calles de Magdalena -se menciona el malecón, el jirón Tarapacá, la calle Castilla, el mercado, la iglesia del Corazón de María, la merca del Fuerte Apache-, así como dentro de cantinas que ya no querían fiar o cuartuchos donde él o sus amigos vivían pensando en cómo hacer dinero. Los personajes no tienen un rostro, jamás se les describe físicamente: son sobre todo nombres, a veces simplemente apodos. Es una lectura fluida y entretenida donde el paisaje es tan importante como los personajes. Poco importa que el autor no tenga realmente un argumento novelístico cuando tiene un cierto ángulo, un cierto sentimiento que busca ser expresado y pasa a impregnarse en las imágenes que compone, imágenes en las que de pronto aparecen o apenas se asoman personajes que son partes de los paisajes del «Barranco pobre», como se quiere caracterizar al distrito (aunque también habría que decir que el mismo Barranco es un distrito con muchas caras).

En junio de este año se estrenó una adaptación del libro al cine, a la que comercialmente no le ha ido mal, a lo mejor debido a ciertos actores que atraen al público y cuyo inclusión desató una polémica sobre si se le hacía justicia a los personajes originales. Aparte de incluir a Santiago Magill y Christian Meier, la película respeta lo anecdótico de las situaciones pero tiene más problemas a la hora de recrear justamente la atmósfera que es lo que realmente termina dándole su razón de ser al libro.

MAGDALENA

-Al final de la calle es un libro en el que está presente el fantasma de Sendero. ¿Sientes que el libro de alguna manera se está volviendo coyuntural, a pesar de que estén preparando una quinta edición?

-Partamos de que el libro se basa en experiencias personales. Casi todo lo que yo escribo se basa en eso. En el libro son experiencias transformadas, trasladadas, trastocadas, recreadas.

La época es básicamente los ochenta, la de mi generación. Pero hay un espectro bastante amplio en los ochenta, porque hablamos de diez años. Por ejemplo, en la parte que mencionas está Sendero, la violencia, pero más como insinuada. En la música hay algunas cosas que son de los ochenta y noventa. No están localizadas exactamente, pero tienen que ver con un clima, una atmósfera, una sensibilidad que tiene con la Lima de la mitad de los ochenta en adelante, cuando fue publicado el libro.

-En los noventa el distrito de Magdalena ha cambiado. Por ejemplo, ahora tiene cholotaxis, serenazgos y no está lejos de la zona de influencia de La Marina con el Centro Plaza San Miguel, en auge a partir de la inclusión de las tiendas Wong, y de allí los cines y los casinos de la avenida La Marina.

- En mi época Magdalena todavía era un sitio de clase media pobre, pero no tan pobre como es ahora. Se ha tugurizado, se ha empobrecido mucho, han aparecido centros comerciales chichas a montones. Mi novela es un poco Magdalena-San Miguel, esa es la zona geográfica en que se localiza, y ella ha cambiado mucho, como todo en Lima. Antes Miraflores era un barrio pituco, ahora es un barrio de clase media. Ha cambiado la composición social de la ciudad.

- Llamémosle, pues, una versión de Magdalena de un libro de memorias. Es tu *En busca del tiempo perdido* en clave de Magdalena.

-La comparación es exagerada.

- Proust va mostrando muchas veces escenas, lonchecitos, ambientes en los que parece perderse el tiempo, pero algo se está aprendiendo.

-Ya veo por donde vas. Recupero también la atmósfera sentimental y eso es recuperar el tipo de amistad que teníamos. Es la historia de una amistad, de un grupo de amigos, que se quieren y no se quieren, que tienen unas lealtades extrañas, que viven, como te digo, en una sociedad muy descompuesta y todas sus relaciones están como enfermas. Entonces por allí hay apagones, hay una mujer que aparece y desaparece, hay una violación, hay una amiga que es amiga pero tiene una especie de arrechura permanente. Hay cosas como cortadas, como relaciones abortivas. Sí, pues, es un poco eso; es ese tipo de grupos sociales que me interesó retratar. Mi obsesión no es tanto

la violencia o la calle o la urbe, que siempre son temas que me fascinan, pero más era eso, era este personaje tan extraño, tan indolente por momentos, pero con conciencia, que era lo que más lo diferenciaba de los demás. Lo único que lo diferenciaba era sospechar que no quería ser el que es. Es de lo que trata realmente la literatura: uno quiere ser otro realmente. Ese personaje permanentemente está queriendo escaparse de sí mismo. Esa es un poco la historia de **Al final de la calle**.

-Pero el distrito del que no puede escapar es tan importante o hasta más importante que muchos personajes del libro.

-Sí, tienes razón. En realidad, es un homenaje mío a ese distrito, a esas calles, porque es donde he crecido, es donde yo he vivido mucho tiempo, aparte de que me encantaba el distrito. Ahora se ha deteriorado muchísimo, se me ha vuelto hasta irreconocible. Pero además me gusta ese encanto medio misterioso que tenía Magdalena, las zonas viejas que se caían, que se cambiaban por edificios horribles, la gente que se iba lumpenizando. Los barrios, las quintas que se volvían callejones donde se vendían drogas, que antes eran unas quintas bastante tranquilas; la gente que jugaba fútbol en las calles pasaba a malograrse, a fumar pastel, había un proceso de deterioro que ya parecía irremediable, que se agudizó con Alan García y con Fujimori ya ha terminado de irse a la mierda. Es un distrito muy extraño, porque en algún momento debe haber tenido una especie de balneario y, junto con San Miguel, era un lugar de refugio para asmáticos. El distrito no tenía una composición social muy precisa: tenían una zona de Jesús María que era una clase de gente muy pudiente y una zona cruzando la Brasil que era más pobre definitivamente. Mi familia era más bien de clase media estable, no había problemas económicos, tampoco habían grandes propiedades. Pero, como te digo, en la composición social de Magdalena había todo un espectro social de Lima, y hasta un pueblo joven por la huaca cerca de la escuela.

- En todo caso, los episodios son como momentos de acción concentrada y la vida cotidiana no es así.

- No toda la vida es así. Yo trabajo más la acción concentrada y es una razón por la cual soy un admirador de John Ford; he aprendido a escribir viendo coboyadas. Me gusta ese tipo de narración donde la acción es lo que revela la idea. No soy muy propenso a los rollos metafísicos, aunque sí me interesa ese tipo de literatura, de cine y de historieta.

Más allá de Magdalena

-Al final de la calle no sólo es Magdalena, porque empiezas en La Colmena.

-Claro, es la ciudad. Me fascina la ciudad. Sí, sí, es como lo que ocurre con las familias de clase media baja, gente que vive en la calle porque, al final, la casa los expulsa por los problemas familiares, las zonas son pequeñas, no hay jardines. Aquí, en esos barrios no hay más que esquinas. Lo único que te queda es o el televisor o la calle; entonces, creces en la calle. Tu aprendizaje, tu crecimiento como individuo es en la calle; en tu casa no te entiendes con tu familia, a pesar de que hay un vínculo fuerte son generalmente familias conflictivas con problemas económicos, entonces, la pasas en la calle. Yo siempre he vivido mucho tiempo en la calle. A pesar de que leía, leía en las noches, porque soy un tipo que siempre he tenido insomnios, yo vivía en la calle hasta que salí de mi casa. Con mis amigos todos éramos medio vagos. Había un conflicto permanente con los padres, además por lo que hacíamos teníamos que estar ocultándonos, teníamos una especie de vida secreta de los viejos, desde que uno se tiraba la pera hasta que uno robaba o fumaba o jalaba; entonces, era la otra vida. Entonces uno tenía que lavarse la cara y entrar a tu casa. Ir cuando tus viejos ya estaban durmiendo, entrar a la casa o cuando te llamaban o ya te jodían, pero eso desde chicos era así, me acuerdo. Después vivía en cuartitos en azoteas. El centro de Lima yo lo descubrí un poco ya pasados los veinte años que empecé a ir. La ciudad creció para mí. Aparte de que yo viajaba mucho también. Yo viajé entre los 17 y los 22 años muchísimo dentro del país. La sierra peruana me encanta. He ido a la sierra mucho, toda la costa peruana me la he recorrido, casi todo el Perú me lo conozco y no es casual que cuando yo empecé a meterme en la cosa de literatura mis amigos eran arequipeños. Yo comencé a sacar una revista con arequipeños. Yo vivía más pendiente de lo que pasaba con Arequipa que de lo que pasaba en Lima.

- Esa es una opción que no se plantean los personajes del libro.

- Ellos están atrapados en una ratonera.

-¿Tú no sientes que a veces tienes que volver a pesar de que no es el mismo sitio?

- Yo no vuelvo a Magdalena por una razón muy sencilla: ya no

están mis amigos. Uno vuelve a los sitios porque están sus amigos o porque está el bar que frecuentabas. Uno ama la ciudad por los amigos que tiene allí.

-¿La dispersión de los amigos es total?

- Es el síndrome de la migración, como ha ocurrido con mi familia también. Todos han migrado a otro barrio o a otra ciudad o a otro país. La migración no se detiene. Yo, por ejemplo, cuando estaba en tercero de media mis padres se mudaron de Magdalena y se fueron a vivir a Pueblo Libre, el distrito vecino. Yo regresaba a Magdalena todavía porque era mi «**corner**», como se dice, pero poco a poco fueron cambiando mis intereses. Empecé a leer, a escribir, a ir al cine, y obviamente mis amigos cambiaron porque optaron por caminos diferentes. Yo ya no iba a seguir metido en la cosa de la venta de drogas, ni choreando carros, que alguno de ellos lo hacía, aunque no todos.

- La inmigración a Estados Unidos está insinuada al final del libro.

- Para el guión de Giovana Pollarollo, para la película, yo le llevé algunos capítulos que quedaron descartados del libro. Este libro es un poco lo que me queda, un tercio quedó afuera, de una novela que yo sentía que no iba a a ninguna parte y que no funcionaba. Lorenzo de Szyszlo fue la primera persona que leyó la novela y me convenció de que la tenía que trabajar, y la trabajé y la corté y la boté, le recorté lo que había que botar. Han quedado muchas cosas insinuadas y lo del viaje es una de ellas.

EL LIBRO Y LA PELÍCULA

- ¿Por qué el protagonista se llama M?

- ¿M? Por diferentes razones, bueno para empezar era un poco un juego con mi apellido Malca, por mierda. Además, **Ciudad de M** era el título original de la novela, cuando yo la publiqué y cuando Felipe Degregori me buscó para el guión, que fue antes de que yo la publicara. Yo publiqué unos fragmentos como «Fragmentos de **Ciudad de M**».

- Cómo así esta visión del libro por viñetas.

- Era la única forma de salvarlo. La única alternativa era botarlo o quemarlo. No fue deliberado. En el tiempo yo me he ido convenciendo de que todo lo que voy a escribir va a ser así, si

alguna vez vuelvo a escribir. Finalmente descarté, rehice, junté, recorté, puse y quedó como ahora, el resultado de un trabajo de edición. En el periodismo soy básicamente un editor.

- La clara estructura del argumento en la película marca un contraste fundamental entre la película y el libro. La película busca redondear un argumento y el libro consiste en episodios intercambiables en su orden.

- Son episodios intercambiables o fragmentos. Es así como yo trabajo. Hace cinco años quise escribir un libro de cuentos. No puedo hacer trabajos que tengan esa estructura con nudo y desenlace, que sí lo requiere el cine. A la película le han dado una línea argumental, simplificando el libro por razones obvias.

UN LIBRO DE CULTO

- Yo creo que la estructura del libro por episodios es ideal para hacerlo un libro de culto. En una película de culto, por ejemplo, lo que a la gente le gusta son momentos, ciertas frases en *Casablanca* o en *El Padrino*.

-Te agradezco lo de sugerir que sea un libro de culto. Lo que sí es cierto es que cuando yo escribo pienso mucho en mi lector. No pienso en un lector universal. Yo pienso en gente que se parece a mí, gente que tiene mi sensibilidad, gente que escucha la música parecida a mí, gente que lee cosas parecidas a las que yo leo y que participa de una cultura ahora que vivimos en un mundo tan fragmentado. No creo que pueda hacer un libro masivo, nunca lo esperé. Yo estaba preocupado, simplemente, de que el editor recuperara el dinero. Han salido cuatro ediciones y ese libro me ha hecho más bien a mí que a la literatura porque me ha permitido ubicarme, conocer gente, reconocermé en ese individuo que está en el libro, las cosas mías que están en ese libro me permiten acercarme a gente que es muy parecida a mí. Yo diría que estoy muy orgulloso de mis lectores, me encanta que a la gente que le gusta le guste y me parece perfectamente razonable que a mucha gente no le guste, porque es la gente que no tiene nada que ver conmigo, con mi lenguaje ni mi cultura ni nada. Yo encontraría rarísimo que a un profesor universitario le guste mi libro. Yo no sé qué tengo que ver con ese señor. Tiene que ver con una persona que comparta una sensibilidad. Una sensibilidad más contemporánea, que no quiere decir que sea la última moda. La novela está muy ligada por eso a la cosa del rock, a la cultura popular.

-¿Cómo te sientes cuando ahora viene alguien de veinte años para decirte que le ha gustado el libro.

- Eso me parece rarísimo, porque le gusta mucho a la gente joven, le gusta a la gente adulta de mi generación también, gente un poco mayor pero de cierta sensibilidad que tiene cierta cultura, que ha leído un tipo de literatura.

- También hay gente que se reconoce en la cultura de las drogas.

- Está presente en todo el libro, pero es parte de la descomposición en que viven los personajes y, además, como te digo es una cosa sórdida que tiene que ver más que todo con el tipo de relaciones humanas que ellos tienen: la manera en que se relacionan con el mundo, la manera en que se relacionan con mujeres, la manera en que se relacionan con la violencia, la manera en que se relacionan con su futuro y con su entorno. Mi mundo es un poquito cerrado. Por eso apostaba más por la atmósfera.

- ¿A veces te encuentras lectores que te dicen que están viviendo situaciones parecidas a *Al final de la calle* en barrios insospechados y te dices «Caramba, aquí está ocurriendo lo que ocurría en Magdalena en los ochenta»?

-Sí, bastante. Hay mucha gente de Miraflores curiosamente, pero también de Magdalena y Jesús María, y todo el circuito de la gente ligada al rock. Es gente muy cercana a mis personajes y a mi sensibilidad. Daniel F vive por Ciudad del Pescador, por la Unidad Vecinal de Mirones. Es gente con la que me llevo perfecto y con la que nos hemos hecho amigos desde el 84 o el 85, cuando yo ya tenía 25 años. El rock, la música pop para ser exacto, ha creado toda una cultura que tiene una literatura, un tipo de arte, una estética, un tipo de historieta. No sé si llamarla subcultura. Es una cultura distinta a la que se genera alrededor de las universidades o las galerías de arte, o algunas revistas, y tiene sus propios valores estéticos. Me parece una gran noticia que hayan nominado a Dylan al premio Nobel porque ya era hora, francamente. Así no se lo den. Muchos escritores leían sus letras y decían «esto no es poesía», pero es una lógica distinta, tiene un computo diferente, y no solamente porque haya música de por medio. Tiene su propia clave porque hay otros códigos. Con la globalización todas las culturas se están mezclando, se están dispersando y se están fragmentando. Ahora tienes escalas de prestigio que no se tocan

entre sí.

- Tú decías que tu libro va a un segmento pero ese segmento puede repetirse en otros lados.

- Ese segmento existe en otros lugares del mundo. Eso es lo maravilloso de internet. Yo estoy seguro de que hay gente igual que yo en todos lados. Ahora mismo he conocido eso en argentinos, en españoles, en colombianos con la misma onda, la misma cultura, la misma sensibilidad, y nos reímos de los mismos chistes.